

El Herald de la Guardia Civil

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO

SUSCRIPCION		Madrid 24 de Diciembre de 1893.	CONDICIONES DE SUSCRIPCION	NÚM. 24.
AÑO I.	TRIMESTRE	TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR	1.º El tiempo mínimo de suscripción será un trimestre. 2.º Las suscripciones se cobrarán por trimestres adelantados, cualquiera que sea el tiempo por el que se hagan los abonos. 3.º Las suscripciones se contarán desde el principio del mes en que se reciba el aviso. 4.º Importancísima. La suscripción se continuará indefinidamente en tanto no se reciba aviso en contrario.	
España.....	1,50 pesetas.	OFICINAS: CALLE DE SANTA LUCIA, 10, MADRID		
Ultramar.....	3,75 —			

Lo que interesa al Instituto

Lo que interesar pueda á la Corporación como colectividad y á cada uno de los que á ella pertenecen individualmente considerados, ha de ser lo que atraiga en preferente término nuestra solicitud. Y esto que en términos generales pudiera reputarse de bien distintos modos, no tiene sino una explicación tan concreta como lógica.

Porque el individuo que pretenda militar entre las filas de la Guardia Civil, no es el recluta inexperto que marcha al azar y sin guía desde que pierde de vista el amado campanario de su aldea.

El soldado que ostenta sobre sí el uniforme de la benemérita, mucho antes de confiar su aspiración á los estrechos límites de un pliego de papel sellado, ha construido de antemano en su cerebro las distintas y aproximadas fases de su vida futura.

El ha pesado ya las contrariedades, y consiguientemente los resultados favorables que pueda proponerse; no ignora, al firmar su compromiso, la duración de éste; la clase de servicio que está llamado á prestar; la remuneración pecuniaria que abona el Estado; la cuota de enganche que le corresponda; el importe aproximado del uniforme que ha de vestir, y hasta el sacrificio de la vida á que se obliga cuando sea preciso ofrecerla en aras de la tranquilidad y sosiego públicos.

El atractivo que el noble ejercicio de las armas ejerce en cuantos han tenido la fortuna de usarlas, es, sin disputa, el principal móvil del enganche voluntario de los individuos del Ejército ó licenciados que aspiren á nutrir las filas del Instituto, si bien, cuando esto ocurre, determinan también parte importantísima de la recluta los cambios radicales en unos y otros, por hallarse ya en las fronteras de la reflexión ó ante la necesidad social de constituirse una familia. Hablamos, pues, á hombres experimentados.

Si estos, como en la Guardia Civil acontece, al ingresar en ella hallan garantido el pan del día, el cotidiano sustento, y constituida además otra institución interna, privativa, llamémosla así, que garantice también los días tremendos de la edad procveta y el sustento de aquella familia carne de su carne y sangre de su sangre, por la que han sacrificado iniciativas, impulso, libertad, y acaso las más acariciadas aspiraciones, los individuos, no hay que dudarlo, se mostrarán regocijados, confiarán en su propio valer, y la misión que cumplan será á satisfacción de propios y extraños.

Pero así y todo, el insaciable «más allá» del espíritu humano jamás satisfecho de las conquistas logradas, anhelante siempre de descubrir nuevos horizontes, tocará á rebato en su interior; y como el navegante que se lanzaba á lo desconocido en el mar tenebroso, y el explorador infatigable, el Guardia Civil pretenderá también ese «más allá», al que sucumben igual el poderoso que el mendigo, el Almirante que el grumete, el General que el soldado.

No hace aún el año que catorce de los quince mil hombres de la Guardia Civil clamaban por ver establecido el Montepío. Una explosión de entusiasmo acogió la constitución social. La marcha franca y desembarazada de esta Institución benéfica consiguió, dispar en breves meses las brumas de incertidumbre y duda en que tomó forma el pensamiento; empero... ahora, el inquieto fluido moral que nos sostiene, el espíritu avasallador que nos empuja adelante, se manifiesta de nuevo, y nosotros, más en contacto que nadie con la Corporación, percibimos distinta la tendencia que se dibuja en el horizonte de las aspiraciones comunes á la colectividad.

Que ve y cuenta la cifra considerable del capital logrado reunir; que añade á ésta las cuantiosas sumas que el período preparador establecido suponen, y que se interroga necesariamente sobre el empleo de ellas. En puridad

misión es esta de las respectivas Juntas Directivas de cuyas iniciativas, solicitud y decidido interés no hay para qué dudar; pero así y todo, tampoco podemos nosotros mantenernos en silencio cuando los suscriptores denotan una aspiración que hay precisión de considerar justa y equitativa.

El Montepío, ¿podría, sin riesgo de la institución, dedicar parte del considerable capital con que cuenta á operaciones de préstamo ó anticipo á sus asociados y militares que lo necesitan?

Bien quisiéramos sentar una contestación afirmativa. Pero el que nos conozca sabe el maduro exámen á que previamente sometemos siempre los asuntos que tratamos, y especialmente los relacionados con la Institución y no ha de extrañarle que nuestra respuesta sea afirmativa, sí; pero afirmativa *condicional*.

Porque los anticipos ó préstamos que se hicieran á las clases é individuos de tropa, de estimar la Junta Directiva posible este destino de los fondos sociales, resultarían partidas fallidas si los prestatarios se negasen á reintegrarlas. Las cuotas, pluses y premios de reenganche que pudieran garantizar la operación por sí solas, como sumas secuestrables que son, tampoco conseguirían el objeto en tanto el Montepío carezca del privilegio de que se consideren preferentes para el cobro sus operaciones de crédito.

Sin este requisito fundamental, créanlo los numerosos suscriptores que nos han dirigido dicha pregunta, las operaciones de préstamos personales que el Montepío afrontara podrían producir su ruina una vez declarados insecuestrables, como lo están, los haberes de las clases é individuos de tropa.

Ahora bien; si persuadidos el celoso fundador de la Sociedad nuestro respetable amigo señor General Palacio y la actual Junta Directiva de la conveniencia en marcar nuevos rumbos al capital social, i tentaran y obtuviesen del Gobierno de S. M. la expresada declaración ó privilegio en el cobro de los anticipos efectuados, podrían realizarse éstos en condiciones tan sumamente ventajosas para la Sociedad y los necesitados, que la usura resultaría ineficaz contra las clases militares y el Ejército se vería libre de esa úlcera cancerosa que corroe sus entrañas lentamente.

Es más; si nuestra opinión, humilde y todo, pesase algo en el asunto, apeteceíamos distinto tipo de interés para los préstamos del Instituto y el Ejército, y con la diferencia, que se estableciera una *Caja de Socorros* que en las tribulaciones de la vida propia del Instituto y en las generales de la humanidad fuese el refugio y auxilio del que ve incendiado su modesto ajuar, roto el uniforme en la prestación de un servicio, enfermos gravemente seres queridos á quien no puede proporcionárseles, por falta de recursos, la necesaria asistencia, y, en una palabra, que pudiera atender á todas las calamidades con que el Señor aflige á los miseros mortales.

Aspiraciones tales no es mucho semejen inexplorada, selva en la que no se atreva el hombre á arriesgarse por temor á lo desconocido, cuando, sin embargo, la luz de la reflexión basta á iluminar sus temerosas profundidades, viéndose entonces el fácil acceso y grato bienestar que allí se disfruta.

Sano y pujante el pensamiento, y con medios sobrados de realizarlo, no es mucho confiemos en el porvenir y menos que al terminar nuestro modesto cometido en el presente año, lo hagamos en la propia forma que empezamos la vida: enalteciendo el Montepío del Guardia Civil como la obra más práctica y de más seguros y mejores resultados para el porvenir de la Guardia.

Lo que se dice

El Comandante Cajero de la Dirección general, nuestro querido amigo D. Macedonio Negrón, can-

sado ya de las amarguras de un largo celibato, ha contraído matrimonio con dignísima señora el domingo 17 del corriente.

Da con esto el Sr. Negrón mentis solemne á los enemigos de la Santa Coyunda, que creían tenerle propicio, y ocasión cumplida á sus buenos amigos—que los tiene en abundancia,—para felicitarle con la cordialidad que lo hace EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL, deseando á los nuevos esposos todo género de venturas.

Por las resoluciones vistas adoptar en estos días inferimos ha de producirse algún movimiento en las escalas, y prevemos combinación de destinos, harto laboriosa para el primer mes del año próximo.

Nuestras noticias, hasta hoy, no pueden alcanzar otra cosa que al anuncio probable del cambio de destino de un primer jefe de Comandancia aragonesa á otra extremeña.

El Negociado correspondiente en la Dirección general del Cuerpo estudia, con una perseverancia bien digna de éxito, el vestuario de la clase de tropa de infantería y principalmente la capota.

Ya hemos emitido en distintas ocasiones nuestra peculiar opinión sobre el asunto y hecho reflejar la de muchos de nuestros ilustrados colaboradores, por lo que nos juzgamos relevados de volver á hacerlo ahora. Pero, si halláramos medio adecuado de sustituir tan incómoda como antiestética y cara prenda, ó algún otro Oficial ó particular lo lograra, no escatimaríamos los aplausos, que juzgamos de rigor para reformarla tan precisa.

La capota no puede obtener otra defensa que la respetable antigüedad que ostenta y la consideración, imposible de perder de vista, de que es propiedad de los individuos.

Por eso, si el Negociado hallase la sustitución apetecida, la reforma se adoptaría—estamos seguros de ello—en términos que no resultasen lastimados tan respetables intereses.

Y ya que de la reforma de la capota hablamos en el anterior suelto, ¿no hallan ustedes incómoda también la cartera? ¿Es de rigor que los Guardias transporten á hombros, en la práctica de su natural servicio, un mediano archivo? ¿Tan difícil sería hallar el remedio?

En el *Boletín de Justicia* del presente mes no se ha publicado nada que directamente afecte á la Guardia Civil.

Tenemos informes fidedignos de que en cierta Comandancia se han hecho descuentos á los individuos por concepto de marcas.

Suponemos que de ser esto un hecho, obedecerá á la falta de fondos en el de utensilio; pero aun siendo así, creemos que el Jefe de la unidad de referencia no puede cargar en la cuenta de los Guardias lo que cargarse debe en la de la Comandancia.

Llamamos, pues, la atención de quien corresponda, para que se subsane este error en bien y para satisfacción de todos.

Algo hemos oído decir que se agita en la Dirección de la Guardia Civil respecto á reforma en el vestuario, sobre todo por lo que á la tropa respecta. Se trata, parece ser, de suprimir la capota, sustituyéndola por otra clase de abrigo, pero siempre atendiendo á que aquélla resulte aprovechable, si no en todo, en gran parte, con objeto de no gravar mucho los fondos del individuo.

Nos alegraríamos que este rumor que ha llegado hasta nosotros se confirmase, pues entendemos que la capota dista mucho de reunir recomendables condiciones para el servicio, creyendo que, al pensar así, coincidimos con la opinión general de la Guardia Civil.

Procuraremos tener al tanto de este asunto á nuestros suscriptores.

Este mes tampoco se han cubierto las dos vacantes de segundos Tenientes que correspondían á los de la escala de reserva, por no haber otra clase de aspirantes.

Como hasta dieciséis vacantes que se han de amortizar faltan todavía cuatro, esperamos que el próximo mes tampoco ingresará ninguno de la escala de reserva; y como para entonces empezarán á surtir efecto las instancias de los aspirantes procedentes de la Academia general que fueron ascendidos á segundos Tenientes con motivo de los sucesos de Melilla, todas las vacantes que vayan ocurriendo se cubrirán por estos Oficiales, con gran contentamiento nuestro y de los muchos Jefes y Oficiales del Cuerpo, que son abiertamente opuestos al ingreso de los Oficiales reservistas.

«EL CORREO MILITAR»

Este apreciable periódico, que recuerda vió nuestro primer número y que consigna luego no haber

visto ningún otro desde entonces hasta recibir ahora esta segunda visita, ha olvidado que como verdaderos *apóstoles* que somos, cuando al principio de la modesta obra emprendida y al apelar al compañerismo de la prensa profesional demandamos cambio, fueron pocos los periódicos militares que quisieron honrarnos con él, haciéndonos sufrir una decepción harto amarga.

El *Correo Militar*, decano de la prensa militar, ostentando historia brillante, que el ilustrado colega con tanto acierto sostiene, fué el primero en negarnos aquella gracia y en usar un lenguaje tan de *magister* airado con el trivial motivo de nuestro prospecto, mal leído y peor interpretado, que su negativa y su repulsa forzosamente hubimos de tomarla como corrección adecuada á nuestra pequeñez é inexperiencia.

Hoy que vemos despedido el ceño de nuestro ilustrado colega, nos apresuramos á consignar la satisfacción que experimentamos, agradeciéndole las frases de elogio que le merecen los insignificantes trabajos que publicamos, y lo que habrá de enorgullecernos siempre que obtengan su autorizada aprobación.

Efemérides

DE LA GUARDIA CIVIL

19 DE DICIEMBRE DE 1859

Hay que consignarla como una fecha memorable en los anales de la benemérita.

Sacada de la historia del Colegio de Guardias jóvenes, esta página con que hoy honramos las columnas de EL HERALDO constituye, sin duda alguna, uno de los hechos más brillantes de aquel Centro de enseñanza militar, de aprendizaje para la ruda y honrosa faena del Guardia civil.

Llevaba apenas seis años de existencia el Colegio de Valdemoro. Era el día 19 de Diciembre, y los jóvenes veían con regocijo las cercanías de la Pascua, tan pródiga para la gente menuda.

Pero he aquí que por la noche se presentó en el establecimiento el entonces Subteniente del primer tercio, D. Manuel de la Huerta, reclamando auxilio con objeto de prestar un servicio en el inmediato pueblo de Seseña, poniéndose á disposición del Oficial un Sargento, dos Guardias y cuatro jóvenes.

Pusiéronse en marcha, llegaron al pueblo, ocupó cada uno su puesto y, al amanecer, los perseguidos autores del robo cometido en la empresa del Canal de Isabel II, caían en poder de la benemérita, y de ellos uno herido y otro muerto, gracias á los ciertos disparos, á la serenidad de los dos Guardias jóvenes Agustín Fernández Andrés y Romualdo Franco Ortega.



Eran dos niños, dos niños nada más los que aquella noche dieron bizarramente satisfacción á la vindicta pública, y consolador rescate de 15,000 duros á los robados. Los plácemes de los Ministros de la Guerra y de Gobernación, del Director general del Cuerpo y del Gobernador civil, turbaron más á los pequeños Guardias que la presencia de los cinco bandidos de Seseña.

En una de nuestras visitas al Colegio de Valdemoro, nos llamó vivamente la atención un cuadro, al parecer retrato iluminado, y que se ostenta en el cuarto de Banderas.

Nos acompañaba el bondadoso é ilustrado Teniente Coronel Sr. Laiglesia, á quien preguntamos con gran curiosidad:

—¿Quién son estos niños?

—Dos héroes—nos contestó.

Entonces nos refirió la historia de aquel hecho memorable.

—¿Y esto está escrito en alguna parte?—insistimos nosotros.

—Sí, en la reseña histórica del Colegio; pero no lo conocen todos.

Acariamos la idea de dar publicidad a aquel hecho y a aquel retrato, y esperamos con verdadera impaciencia el día 19 de Diciembre.

Mirando esos rostros infantiles y esa mirada serena y esas frentes despejadas que la nube de los pensamientos mundanos no pudieron haber empañado todavía, y esa cruz con que la Reina premió el arrojo de dos valientes, siéntese conmovido aun el que menos se interese por las glorias del benemérito Instituto.

Formada la Compañía con armas en la Plaza de la Villa el día 27, y ante un numeroso público que entusiasmado contemplaba a los héroes del anterior servicio, les fué colocada la Cruz de M. I. L., y terminó el acto con lectura de la orden del establecimiento, dada con tal motivo por el Comandante de la Compañía, Sr. Aguado, cuyo final dice así:

«Yo espero que este solemne acto no se borrará jamás de la memoria de los Guardias Civiles, y jóvenes a quienes me dirijo, y a fuer de honrados militares, agradecidos a los beneficios y aprecio con que nos distinguen nuestra Reina, nuestros Jefes y la Sociedad en general, redoblabamos nuestro celo de día en día, ya mejorando la instrucción en todos sentidos, ya prestando servicios dignos de recompensa y del honroso uniforme que vestimos; ya, en fin, llevando cada cual una página gloriosa a la historia de esta Compañía, que a su vez las proporcionará a la de la Institución de que con orgullo formamos parte; de este modo, podréis contar siempre con las simpatías de vuestros superiores, y en particular de vuestro Capitán, que os quiere como a hijos.»

Al llegar aquí preguntará seguramente el lector: ¿Y qué se hizo de Fernández Andrés y de Franco Ortega? ¿Dónde están?

¡Ah, dónde están!...

Lo que no pudo la mano de un criminal, consiguió la bala de un revolucionario, y Fernández Andrés murió de Cabo primero en las calles de Madrid el 22 de Junio del 66.

Su compañero Franco alcanzó el empleo de primer Teniente del Cuerpo, y se nos dice que también ha muerto.

Es triste suerte que todos los elogios que tributamos sinceramente, y que suben fervorosos del corazón, no han de llegar nunca a los buenos.

Los recuerdos hermosos de la vida nos producen alegrías, sonrisas y entusiasmos que la realidad implacable borra en un minuto con la lágrima vertida por el vivo que fué, por la ilusión muerta, por el encanto roto.—V.

Servicio de trenes

Los constantes y audaces atentados a la seguridad del viajero, dió lugar al establecimiento de las parejas de escolta en los ferrocarriles, servicio que ha llegado a constituir uno de los de mayor importancia y que más fuerza consumen.

Este servicio, que si bien se ha instituido para garantía de las personas y de los efectos que el tren lleva, reporta no pocos beneficios a las Compañías ferroviarias, se practica, a nuestro entender, en malas condiciones susceptibles de fácil corrección.

Las empresas designan para la pareja de escolta dos asientos en un vagón de tercera, en el que pueden entrar cuantos viajeros caben; y sucede que en los trenes expresos y correos, que por la limitación de carruajes suelen ir siempre llenos de bote en bote, los guardias van verdaderamente prensados entre la gente; y si a tales apreturas se añade la dificultad de obrar libremente y hacer uso de sus armas llevando el voluminoso morral, la embarazosa capota y el enorme fusil, se comprenderá fácilmente la certeza de nuestra afirmación.

La pareja de escolta de un tren debía ir en un departamento en el que no hubiese viajeros, si bien pudieran utilizarlo los empleados y los guardias transeuntes.

La razón es bien obvia.

Tal como viajan en la actualidad los guardias, empaquetados entre la masa humana de un vagón, los malhechores que tengan un poco de valor pueden sorprenderlos sin gran riesgo, sin que del concurso de los viajeros pueda esperarse gran cosa por la natural y atemorizadora impresión que les había de producir el golpe de audacia.

El que haya advertido cómo viajan las escoltas en los trenes de gran aglomeración, se dará cuenta perfectamente de cuán fácil es anular a la pareja si su fuerza moral no la defendiera de los intentos del desalmado.

Por otra parte, para los casos fortuitos que pueden ofrecerse en la práctica del especial servicio de trenes, el armamento y equipo de los individuos no puede ser menos a propósito.

Si es preciso bajar rápidamente del tren, la capota, el morral y el fusil impiden la libertad de movimientos—repetimos una vez más,—y si desde las ventanillas hay que hacer fuego al ladrón o al criminal que trata de huir, nada más inmanejable que el Remington.

No queremos añadir más argumentos, porque el asunto es de los que llevan en sí mismos la persuasión.

Así, pues, para poner a los Guardias en buenas condiciones de prestar el servicio de trenes, debía empezarse por desembarazarlos del morral y de la capota, dándoles, en vez de fusil, un buen revólver. Ya saben nuestros lectores lo partidarios que somos de esta arma para toda la Guardia Civil; pero sobre todo para el servicio de trenes la consideramos de indispensable necesidad.

Después de equiparlos y armarlos convenientemente, debe exigirse de las Compañías la designación de un departamento especial para la escolta.

Hasta hoy no ha sucedido ningún lance grave a las parejas en los trenes; pero como lo que no sucede en un siglo pasa en un minuto, bueno es vivir precavido, porque si mucho se puede confiar en el prestigio histórico del Cuerpo y el verdadero pavor que a los malhechores infunde, la importancia de un golpe de mano que se intente realizar, puede dar lugar a un ataque a los Guardias que redundaría en perjuicio del viajero y del buen nombre de la Institución.

La Academia de Sargentos

¿Hasta cuándo, señor, hasta cuándo?

En el Ministerio de la Guerra deben darse completamente al olvido los asuntos que se relacionen con la Guardia Civil.

Decimos esto en vista del tiempo que transcurre sin resolver la consulta elevada por el Centro directivo para el establecimiento del Colegio de Sargentos, que desde 1 de Enero próximo debía funcionar, como ocurre en Carabineros.

Esta demora, ¿a qué negarlo? produce descontento general tanto en aquellos Jefes y Oficiales que se consideran con méritos para el desempeño del profesorado como para la benemérita clase de Sargentos, de muchos de los cuales sabemos estarse preparando para medirse como buenos en los futuros exámenes. Añádase a esto las legítimas esperanzas que las clases de Cabos y Guardias mantienen vivas aún por si se les admite en concurrencia con los Sargentos del Ejército, y podrá juzgarse de la intranquilidad y desasosiego que existen.

Llueven sobre esta Redacción las consultas, a las que nos vemos privados de contestar, bien a pesar nuestro, por el reposo en que se halla la resolución de un expediente que afecta por modo tan directo al Cuerpo en general, y que, al paso que vamos, parece no ha de lograrse ver resuelto nunca.

No se compadece semejante estado de cosas con el impetuoso carácter del señor General Palacio, a quien, antes que a nadie, dirigimos el ruego, expresión fiel de las aspiraciones de sus subordinados, de que, con la autoridad de su cargo, interese vivamente del señor Ministro de la Guerra el pronto despacho de asunto tan interesante.

Crea el veterano General que con ello ha de satisfacer aspiraciones nobilísimas y hondamente sentidas.

Por nuestra parte, ofrecemos no dejar el asunto de la mano hasta verlo resuelto.

Para espera, consideramos suficiente y sobradísimo el tiempo invertido. Todo podrá haber menos sorpresa para los llamados a despachar tan ardua cuestión.

El sorprendido será el expediente, tipo perfecto de los más renombrados en su clase, que por lo visto, hase aficionado al dulce fur niente del antiguo palacio de Godoy.

Asunto grave

De tal conceptuábamos en nuestro número anterior el incidente ocurrido entre un dignísimo Oficial de la Guardia Civil y un Juez de Instrucción.

Dejando ya a un lado injustificadas reservas, puesto que la cuestión nada tiene de reservada, diremos que el Oficial es el primer Teniente D. Benito Pardo, Jefe de la línea de Illora en Granada, el cual ha merecido los plácemes del Director General por su buen comportamiento en el servicio que ha motivado el disgusto de la autoridad judicial.

Dispuestos a no dejar la pista de este asunto por lo que tiene de transcendental para la benemérita institución, hemos averiguado que la Sala de Gobierno de la Audiencia de Granada ha dispuesto se forme expediente, en vista de la denuncia hecha contra el Juez por el Sr. Pardo.

Si antes no adelantamos prejuicio alguno, menos lo hemos de hacer hoy que el asunto está en las vías legales y en manos de quien en él debe entender, quedándonos en espera de los acontecimientos y celebrando la actitud que la Audiencia ha observado desde los primeros momentos.

A pesar de cuanto dice en su favor la superior aprobación del proceder del Teniente Pardo, tenemos además cartas particulares que, por los elogios que en ellas se consignan, constituyen un verdadero honor para tan distinguido Oficial, a quien enviamos desde estas columnas nuestro sincero parabién por el servicio practicado.

De lo demás, la justicia hablará bien alto.

Necrología

El Teniente Coronel de Infantería D. Eduardo Palacios, afecto a la Dirección general del Cuerpo, ha tenido la doble desventura de perder a su anciana madre (q. e. p. d.) sin poder recoger su último suspiro. El día del fallecimiento hallábase el señor Palacios desempeñando una comisión fuera de esta Corte, y por pronto que quiso regresar, no le fué dable el consuelo de contemplar por última vez a la que le dió el sér.

Señora virtuosísima y paciente, su espíritu descansará en el seno del Señor, única esperanza que ha de permitir a nuestro buen amigo sobrellevar tan rudo golpe.

Dios le otorgue la resignación que de todas veras le deseamos.

Cuento de Navidad

¡MALA NOCHE BUENA!...

El viento recio y frío de la tarde había ido calmando poco a poco sus rigores hasta adormecerse por completo.

La luna brillaba en el cielo, y a su alrededor titilaban miriadas de puntos refulgentes, como lámparas que encendieran los ángeles en honor del Niño excelso que iba a nacer; los montes, cubiertos con el manto de armiño de sus nieves, aparecían como vestidos de gran gala; la noche, placida, silenciosa y solemne, y la Naturaleza toda tomaban parte en la gran fiesta de los hombres.

De los hogares se escapaba, lento y azulado, el humo, que se perdía manchando con ligeras sombras la nitidez de los tejados, también cubiertos de nieve.

De las calles y de las casas salían ruidos sordos de zambombas y panderos, mezclados con sonidos agudos de pitos y cuerdas vibrantes, que sólo llegaban como un rumor indefinible al fondo del valle y a la carretera solitaria y larga, larga como una cinta blanca tendida a través de los campos.

La casa-cuartel de los «Civiles», de ordinario tan reposada después de las ocho, ofrecía aquella noche animado movimiento, y los muchachos, libres de los rigores del Sargento López, tolerante aquel día, discurrían libremente por habitaciones y pasillos, atronando la casa, en tanto que sus madres preparaban



la sabrosa cena. La sala de armas, en la que no habitaba más que un soltero, era el punto de reunión de la orquesta, dirigida por algunos padres de las criaturas que, francos de servicio, conversaban entre chupada y chupada de sus cigarros.

Entre ellos estaba el hijo del Sargento, un muchacho que estudiaba para maestro de escuela, y disfrutaba al lado de sus padres las vacaciones de Navidad.

El hombre andaba discurriendo hacia rato alguna cosa original, para que se conociera lo que es ser muy leído y vivir en la ciudad.

—¿En qué piensas, Juanito?—le preguntó uno de los guardias.

—Estoy sacando una copla—contestó el estudiante.

Luego que pasaron unos minutos, llamó a los muchachos, que hicieron corro al rededor de él en un rincón, y muy bajito les dijo la copla, haciendo que la repitieran para aprendérsela de memoria.

—¿La sabéis todos?

—Sí, si—contestaron a coro.

—Vaya, pues, a cantarla. Poneos en corro; aquí, más cerca de la puerta. ¡A la una, a las dos!...

Y los muchachos, con estribillo de villancico, y acompañados de las zambombas, almireces y coberteras, oficiando de platillos, cantaron a voz en grito:

Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir,
que esta noche está de juerga
hasta la Guardia Civil.

—Bien, bien por Juanito.—dijeron los Guardias.

—Lástima

—replicó uno de ellos—que nola celebren también los pillos metidos en sus guaridas, y no tendríamos que vigilar, como lo están haciendo ahora el cabo Huer-tas y el guardia Polo.

—Si, pues fíate y no vigiles—añadió otro;—acuérdate de lo que nos pasó hace seis años.

—Ya lo creo que me acuerdo; aquellos bandidos eligieron la Nochebuena para robar la venta, porque creían que nosotros no nos ocupábamos más que de comer el besugo; pero anda, que si buen frío nos chupamos, lo que es ellos ya no volvieron a pasar ninguno.



En esto entró en la sala de armas el Sargento.

—¿No ha regresado la pareja de carretera?—preguntó.

—No, señor, mi Sargento.

—Pues ya creo que pasa de la hora. Si—continuó, después de consultar el reloj—las diez y media; ya debían estar de vuelta. Pero se habrá retrasado la diligencia; hay mucha nieve en el puerto.

—O mucho vino en el estómago del mayoral—replicó el Guardia Gutiérrez.—Estoy seguro que ese borrachín de Manuel ha tardado esta noche media hora más para cambiar de tiro.

En aquel momento se oyeron golpes violentos y precipitados.

—¡Vaya un modo de llamar! Algo debe ocurrir. Y el Sargento se dirigió a la puerta.



Entró un hombre desencajado, trémulo, sudando, a pesar de la nieve y el barro que cubrían sus pies.

Era Manuel, el mayoral.

Como pudo, con fr-

se entrecortada, cobrando aliento, contó el horror de lo que había sucedido.

La diligencia robada al pasar el puente, los viajeros atados, un Guardia herido ó muerto; lo vió caer al escapar milagrosamente de las manos de los bandidos...

Los Guardias se precipitaron a los fusiles sin necesidad de orden alguna.

—¡Pronto!—gritó el Sargento López.—¡Las municiones! ¡El sombrero! ¡A escape!...

Y se lanzaron en tropel a la calle.

Callaron los alegres ruidos, reemplazados por llanto de niños y ayes y sollozos de mujeres.

El dolor había sustituido al júbilo en una transición brutal de un instante.

A las ventanas y a las puertas de las casas inmediatas asomábanse los vecinos apercibidos, preguntando llenos de curiosidad y de sorpresa.

Algunos llegaban al cuartel para enterarse de lo que pasaba, y Juanito, hondamente conmovido, contaba lo que sabía.

A los cinco minutos estaba enterado todo el pueblo y todos comentaba el suceso.

—Dicen que ha sido el Cabo el que han matado.

—Dicen que

el Guardia Polo está muy grave.

—¿Qué desgracia!

—¡Buena Nochebuena se les ha armao!...

Y entre tanto, el grupo de los Guardias, con su Sargento a la cabeza, ganaba silencioso la carretera, no escuchándose en las soledades de los campos más que el precipitado golpear de los zapatos sobre la nieve.

RICARDO VINUESA.

PLUSES

¿HASTA CUÁNDO?

La pregunta es bien legítima, puesto que los atrasos que por este concepto se deben a la Guardia Civil, parece ser que no va a llegar el día de saldarlos.

En uno de los últimos Consejos de Ministros acababa de aprobarse una transferencia de crédito, por ser insuficiente el votado en el anterior ejercicio; pero esto no tiene nada de particular, porque con frecuencia se verifican las citadas operaciones, que demuestran hasta qué punto son deficientes estos capítulos del presupuesto.

No vamos ha abogar por aquellos pluses de concentraciones que luengos años ha se verificaron, obra exclusiva de los Gobernadores de por aquel entonces; pero si demandamos un poco de interés al Gobierno, para que arbitre medios de que a la Guardia Civil se le facilite lo que en derecho le corresponde.

Uno y otro día, en su constante y penoso servicio, la benemérita sufre frecuentes ausencias del hogar, y con su escaso haber tiene que sufragar todos los gastos que le proporciona esa vida ambulante, tan poco a propósito para sujeta a un presupuesto reducido. Lejos de dar con anticipación a los Guardias las cantidades, bien escasas por cierto, que les corresponde por concentraciones, partidas u otro motivo cualquiera, tárdanse años y años en su abono, sin que se tenga en cuenta el sacrificio que para el pobre individuo supone esa merma forzosa en sus haberes.

Desde el año 86, en que por los lamentables sucesos del 19 de Septiembre se ordenó la reconcentración de fuerza del Instituto, se adeudan todavía los pluses correspondientes a aquel servicio extraordinario, siendo más de extrañar esta negligencia cuanto que el Ministerio de la Guerra pocas veces tiene que recurrir a estos movimientos de fuerza de la benemérita.

De los años 89, 90 y 91 débese también una gran suma por concentraciones motivadas, en su mayor parte, por alteraciones de orden público.

Hora es ya de que cese este estado de cosas y se abone a la Guardia Civil lo que le corresponde y necesita. Si la que constituye la mayor garantía de las Instituciones y del orden no está suficientemente atendida, no creemos haya nadie de más mérito para estarlo.

Todos sabemos hasta la saciedad que sólo una vida de privaciones y de método puede hacer compatible la escasa paga del Guardia con las necesidades de la vida moderna; pero ya que la situación precaria de nuestro Tesoro no permite aumentos en el Presupuesto, páguese, cuando menos, puntualmente lo que a los Guardias corresponda, para que

las demoras no justificadas no vengán a agravar la situación pecuniaria de los que se sacrifican por el bienestar de la patria.

Bueno que se tenga puesta la esperanza en las altas virtudes de este Cuerpo benemérito: ahí está su fuerza. Pero bueno también que se les atienda como merecen, en cumplimiento de un elemental deber de reciprocidad.

La paz en el Riff

¿Para qué seguir titulando «la guerra» a esta crónica de la campaña? La verdad de los hechos exige la palabra «paz», porque es cosa decidida que el laurel de la victoria ha de convertirse en el olivo simbólico, siquiera sus ramas y sus hojas sean artificiales y artificiosas, fabricadas en moldes de los que los señores diplomáticos no pedirán, seguramente, privilegio de invención.

Lo que en otras ocasiones ha sido entusiasmos vehementes y latidos del corazón, hase convertido hoy en enojosa labor profesional, y la pluma, que se desliza desmayada sobre el papel, sólo puede trazar estas líneas en cumplimiento del deber periodístico que nos liga a nuestros suscriptores.

En Melilla ya no pasa nada ni hay esperanzas de que pase.

El escalofrío de entusiasmo que recorrió las masas españolas al sonar los cañonazos que el fuerte de San Lorenzo disparó contra los moros rateros, fué ráfaga momentánea que se apagó con el último resto de esperanza.

El día 19 el fuerte temporal arrojó a la playa, en territorio español, una porción de tablas que unos cuantos moros harapientos y miserables de Mazuza se apresuraron a recoger.

No pudiendo vadear el río la fuerza de Caballería y Guardia Civil que mandó contra ellos el General Martínez Campos, se ordenó al fuerte de San Lorenzo hiciera fuego, teniendo hasta la mala fortuna de que una granada que estalló hiriera a dos artilleros. Enseguida el bajá del campo y Muley Araaf protestaron del acto de los riffeños, dando seguridades al General en Jefe del pronto castigo de los culpables; pero como andan mal de policía y de Guardia Civil nuestros «nobles vecinos» de por allá, los autores no han sido habidos, aunque sí van llegando los cuerpos del dilito: unas cuantas tablas numeradas.

El hecho en sí no tiene importancia; pero, como pretexto, hubiera sido excelente para romper las hostilidades.

Mas no hay que pensar en eso. Los reservistas empiezan el regreso a sus hogares, y nuestros soldados continuarán arma al brazo hasta que también se disponga se reintegren a sus guarniciones.

Estamos en la mejor de las armonías posibles con los riffeños, y por nada se turbará esta nueva era de paz y de concordia. El Sultán ha escrito a la Reina una carta, que no publicamos porque nada tiene de particular: es una repetición de las mil

protestas de adhesión y amistad que tantas veces ha hecho el que se titula nuestro «grande amigo».

La carta parece venir llovida del cielo, porque no tiene fecha ni indica el lugar en que se escribió; linda manera de que, ni por atisbos, podamos suponer siquiera dónde se encuentra S. M. Sheriffiana.

Si se exceptúa el pequeño incidente de los disparos, de Melilla no hay noticias, propiamente dichas. Los periódicos publican detalles nimios de la vida de campaña, y hay corresponsal que dedica media columna a decir que juegan al corro las niñas riffeñas.

Entretanto, los periódicos alemanes nos ponen en indecorosa caricatura, y la prensa inglesa publica artículos que son, desde el principio al final, un insulto sangriento.

Renunciamos a transcribir algunos párrafos del último que acabamos de leer. A la más insignificante republiquilla del sur de América no se la trataría peor...

Pero la gente sigue haciendo sus combinaciones, discurriendo si caerá Sagasta y entrará Cánovas; si al fin se entenderá este con Silvela; y si se abrirán o no las Cortes en Enero. Un ministerial nos decía esta tarde que la cuestión de Melilla, y sobre todo el regreso del General Martínez Campos, han de dar mucho juego político.

¡Juego político!...

No hemos puesto reflexiones nuestras; no queremos reflexionar. Lo consignado en estas líneas, son aires de allá, noticias de la prensa, impresiones de la calle...

El pesimismo domina a los buenos, a los limpios de corazón; anida en el pecho de esta noble y legendaria España, y en el ambiente sano de nuestra Castilla sientese una tristeza grande.

Podrán como siempre los niños, en sus dichosas ignorancias, entonar alegres villancicos y atronar las casas con el ruido de sus tambores; los españoles de buena cepa no pasarán una Nochebuena satisfecida.

A las algarabías infantiles, al ruido de la calle, a la alegría de estos días tradicionales, fáltales algo que sería el alma y el todo.

El timbre agudo y enérgico de las cornetas españolas tocando ataque en el Riff.

El Gordo

Ha caído en la noble y heroica Zaragoza, y corresponde al número

31.892

Doce millones de reales habrán producido alegrías sin cuento; pero también las decepciones serán, lo menos, tantas como perros chicos hay contenidos en esa cantidad enorme.

LA GUARDIA CIVIL EN MELILLA

El puñado de infantes y jinetes del Instituto que está prestando servicio en Melilla, y su campo atrincherado, sostienen el buen nombre de la Corporación a una altura envidiable.

No bien pisaron los primeros, a las órdenes del bravo Teniente Ibáñez, aquel territorio, el asqueroso contrabando de armas con el enemigo fué descubierto y anulado. La policía y vigilancia del campamento nada dejó que desear y la gente de mal vivir que por allí pululaba huyó ante los clásicos tricornos de la benemérita como alma que lleva el diablo. Pocos días después, y en medio del horroroso temporal que ha reinado en aquella costa inhospitable, el Cabo Luque, del primer tercio, con riesgo de su vida, salvaba la de una pobre mujer y un niño, arrollados por las aguas.

¡Servicios humanitarios!... dirán algunos; y militares, añadimos nosotros. Ahí está el caso del valeroso Guardia de la Comandancia de caballería del catorce tercio Antonio Carro.

El segundo Jefe de Estado Mayor del Ejército expedicionario, Coronel Bascarán, seguido de una pequeña escolta de Guardia Civil, intentó vadear el Río de Oro para imponerse a la rapacidad de los riffeños que se habían permitido invadir nuestro territorio. La impetuosidad de la corriente opuso al Coronel Bascarán dificultad insuperable y entonces el Guardia Carro lo intentó de nuevo por sí solo, perdiendo el caballo y viéndose en inminente peligro de muerte.

¿Hay que imaginarse acaso el comportamiento del temerario jinete si hubiera podido dominar con su montura el paso del Río de Oro? No habría sido entonces, no, el representante de esos imponentes jinetes tan queridos de Madrid acostumbrados a deslizar entre las multitudes calmando efervescencias y siendo la Providencia de las mujeres y los niños, que jamás reciben mal alguno de esta inimitable Caballería; sino el soldado español, el veterano que, sin contar el número de los enemigos, y ante la vista de un Ejército, habría intentado, por sí, lo que necesitaban hacer después la Artillería de la plaza y la guarnición de San Lorenzo.

La Guardia Civil se ha de enorgullecer seguramente de contar con representación tan digna como la que tiene en Melilla. Desde este sitio la enviamos entusiasta felicitación, permitiéndonos además recomendar especialmente su proceder al valeroso caudillo puesto al frente de las tropas expedicionarias, y a los señores Ministros de la Guerra y Director general del Cuerpo.

Permutas

José Alonso Cano, Guardia segundo de la Comandancia de Cádiz, puesto de Algeciras, desea permutar para Almería, Murcia, Granada ó Málaga.

Pedro del Río Franco, Guardia segundo de Huelva, desea permutar para Burgos, Vitoria, Valladolid, Palencia y Logroño.

Fernando Fernández García, guardia segundo de la Comandancia de Madrid, puesto de Salvanes, desea permutar para Oviedo ó León.

Tomás Villaverde Barral, cabo de la Comandancia de Orense, puesto de Gomeñe, desea permutar para el 14.º Tercio ó Sevilla.

NUESTRO CONSULTORIO

Rota.—A. C. L.—1.ª Tiene que satisfacer la cuota de cinco pesetas hasta que la sociedad salga del período preparatorio. 2.ª No, señor; queda en beneficio de la sociedad.

Madrid.—F. F. P.—1.ª Al llevar tres años de servicio. 2.ª Si, señor.

Logroño.—D. M.—1.ª Servido lo que interesa, 2.ª No, señor.

Lumbreras.—L. G. C.—1.ª Servido el plano y números que interesa.

Alcora.—F. B. A.—1.ª Hecho el cargo y remitido cuanto interesa.

Tharais.—A. A. R.—1.ª No, señor. 2.ª Si, señor. 3.ª El número 29. 4.ª Si, señor. 5.ª El 67. 6.ª Si, señor.

Pajares.—B. G. G.—1.ª No figura. 2.ª No, señor. 3.ª Debe solicitarlo de S. M. la Reina, porque tiene derecho.

Jaraful.—A. S. D.—1.ª No, señor.

Inieta.—T. U. M.—1.ª Si, señor, por rigurosa antigüedad. 2.ª Rescinde el compromiso, pero en el acto no percibe nada. 3.ª No, señor. 4.ª Traje de dril gris y sombrero ancho. 5.ª Canana y portaplegos.

Osuna.—A. S. G.—1.ª La orden del Gobierno de la República de 22 de Noviembre de 1869 y Circular de 11 de Noviembre del 72, autorizan expresamente el uso de la barba.

Huelva.—P. C. G.—1.ª Si cuenta con seis años de servicio, si señor. 2.ª En la Comandancia de Tarragona, puesto de la capital.

Lieor.—D. S. R.—1.ª Si, señor. 2.ª Al Juez municipal.

Agos.—J. F. N.—1.ª Si, señor; tiene usted derecho.

Lepera.—A. L. E.—1.ª Si, señor. 2.ª Ninguno. 3.ª Si es de Caballería, inmediatamente. 4.ª Si, señor; puede continuar solicitándolo del Director, y nombrando apoderado que satisfaga mensualmente en la Península las cuotas que le correspondan.

Entrambasaguas.—A. H. G.—1.ª El número 50.

Torre.—R. G. G.—1.ª Tienen igual derecho. 2.ª Para tener derecho al premio ha de llevar seis años de efectivos servicios.

Almería.—D. G. L.—1.ª Figurar en listas de elegible con derecho al empleo inmediato, pues en clase de Guardia segundo no puede pasar. 2.ª El pasaje es gratuito.

Arboleda.—F. N.—1.ª No puede servirse toda por haberse agotado varios números. 2.ª Remitido el plano. 3.ª No figura.

Carmona.—E. C. C.—1.ª No, señor. 2.ª Si, señor. 3.ª El número 1. 4.ª No, señor.

Algeciras.—J. A. C.—1.ª El número 21. 2.ª Publicada la permuta.

Barcelona.—F. B. B.—1.ª El número 1.

Tarragona.—D. R. M.—1.ª El número 81. 2.ª El número 3.

Huelva.—P. R. F.—1.ª El número 16. 2.ª El 2. 3.ª Publicada la permuta.

Alcañiz.—M. G. L.—1.ª El número 15.

caminos, y con la obscuridad aquella, al seminarista, próximo á ser sacerdote.

Ella le esperaba, amante y temblorosa, temiendo que fuera aquella la última entrevista, sintiendo escalofríos de terror al pensar en el próximo día de la partida de Antonio, en aquel adiós que acaso fuera el postrero, cuchillo implacable que cortara de un golpe el hilo dulcísimo de sus amores celestiales.

Por otra parte, si aquello había de terminar, que fuera pronto, que cesara ya, que acabaran para siempre las dudas y las zozobras, mil veces peores que la realidad sin esperanza.

La noche seguía obscura, de una obscuridad densa que apenas dejaba ver la franja blanca del camino.

Antonio seguía avanzando con precaución, pero sin recelo, porque aquella noche no transitaba alma viviente por el campo.

Los Guardias, agazapados tras de la barda y mirando de vez en cuando hacia la casa, esperaban confiados en que los criminales caerían en su poder.

A poco se les incorporó el señor Juan.

—¿Y ese pájaro?—le preguntó el Sargento.

—Allí queda encerrado.

—¿Usted presume cuántos serán los que vengan?

—De eso nada indica el anónimo; pero á mí no hay quien me quite de la cabeza que no ha de ser más que uno; creo que el autor de todo es el criado, y que ha buscado un cómplice para que no recaiga sobre él la fechoría.

Callaron todos, sumidos cada cual en sus pensamientos.

—Las once y media—dijo el guardia, que á pesar de la obscuridad y por la costumbre adquirida pudo leer perfectamente la hora en la esfera de su reloj.

Transcurrió todavía un buen espacio de tiempo, y de pronto el señor Juan, con temblorosa voz:

—Parece que se oyen pasos—dijo.

Los tres se incorporaron y pusieron el oído atento al menor rumor. El Sargento examinó con la vista el camino, y hacia la izquierda, por la ladera de un viñado, descubrió una sombra.

—Sí, alguien viene hacia acá—murmuró como hablando consigo mismo. Y luego, dirigiéndose al guardia, le preguntó:

CAPÍTULO XII

El drama

La pareja llegó al cortijo ya bien entrada la noche.

En el camino encontraron un hombre á quien el Sargento Junquera pensó llevárselo consigo desde el momento que le divisó en la oscuridad.

No era el veterano hombre que se paraba en barras tratándose del servicio, ni tan cándido que expusiera la buena práctica del mismo por un encuentro casual ó intencionado que pudiera desbaratar su plan.

Pero no hubo necesidad de recurrir á medidas extremas. El hombre era el señor Juan.

—Esperaba á ustedes y he salido á recibirlos—dijo dirigiéndose al Sargento.

—¿Y por qué esa molestia?

—No es molestia, es necesidad absoluta de verle antes de que llegue usted á mi casa. Hay algo nuevo é importantísimo que no he ido á comunicarle por no despertar sospechas. Lo he sabido esta mañana mismo por otro anónimo. Uno de los criados está comprometido, y él les ha de abrir la puerta.

—Pues con esto sí que no contábamos—dijo pensativo Junquera.

